

Torres Bonet, extasiado por nuestras selvas caribeñas

Luko Hilje Quirós

RECIBIDO: 21 – 02 – 11

APROBADO: 10 – 03 – 11

Resumen

Se rescata y transcribe aquí el artículo La región Atlántica de Costa Rica. Impresiones, al cual se suman algunas notas explicativas. Escrito por el académico catalán José de Torres Bonet (1854-1884) y publicado en 1884 en el diario La Gaceta, representa el primer relato lírico sobre nuestras exuberantes selvas caribeñas.

Abstract

Torres Bonet, astonished by our Caribbean forests

Impressions is rescued and transcribed here, along with a number of explanatory notes. Written by the Catalan scholar José de Torres Bonet (1854-1884) and published in 1884 in La Gaceta newspaper, it represents the first lyrical account of our exuberant Caribbean forests.

Hilje Quirós, Luko. Torres Bonet, extasiado por nuestras selvas caribeñas. Comunicación, 2010. Julio-agosto, año 31 / vol. 19, número 002. Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 63-72. ISSN Impresa 0379-3974/ e-ISSN 0379-3974

PRESENTACIÓN

Hace unos meses, hurgando en los añosos periódicos de la Biblioteca Nacional, me topé de súbito con un amplio artículo que me impresionó muy gratamente; de tan extenso que es, debió ser publicado en tres entregas, aparecidas en días consecutivos.¹ Años antes había visto la fotografía de su autor, el catalán José de Torres Bonet, acompañada de una reseña biográfica, en el libro clásico sobre la fecunda influencia de extranjeros en la educación y la ciencia de Costa Rica, del célebre educador Luis Felipe González Flores (1976).² Pero no había reparado en que dicho personaje, profesor de ciencias, tuviera los dones literarios

para referirse a nuestros bosques de la hermosa manera como lo hizo.

Al encontrar el citado artículo, me percaté de que un ejemplar previo de *La Gaceta* contenía un obituario sobre Torres Bonet, por lo que lo busqué para fotografiarlo.³ En efecto, él murió en Nicaragua el 27 de agosto de 1884, y apenas dos días después su compatriota y colega Manuel Veiga López le rendía un sentido tributo, publicado al día siguiente; por cierto, al cotejarlo con la reseña de González Flores, capté que casi toda la información proviene de este obituario.

En su libro, González Flores indica que Torres Bonet y Veiga fun-

PALABRAS CLAVE:

José de Torres Bonet, España, siglo XIX, región Atlántica, selva caribeña, Limón, Costa Rica, historia natural, literatura.

KEY WORDS:

José de Torres Bonet, Spain, XIX Century, Atlantic region, Caribbean forests, Limón, Costa Rica, natural history, literature.

gieron como profesores del Instituto Nacional cuando éste fue dirigido por el eximio educador español Valeriano Fernández Ferraz. Cabe señalar que este ente había sido abierto sus puertas el 16 de marzo de 1875 como una instancia preuniversitaria, cuando en Costa Rica se carecía de educación secundaria, aunque ya existía la Universidad de Santo Tomás; por cierto, ambas instituciones ocupaban el mismo edificio, ubicado en la mitad oriental de la cuadra detrás de la Catedral, donde por muchos años estuvo el Banco Anglo Costarricense y hoy está el Ministerio de Hacienda.

En cuanto a Veiga, enseñaba lengua castellana, así como historia de la Edad Media y moderna, mientras que de Torres Bonet anota lo siguiente: "Fue muy apreciado en nuestro país por su actuación docente en el Colegio de San José, que fundó en 1882, y por sus clases de física y química, historia natural, dibujo lineal, matemáticas y lavado de planos que dio en el Instituto Nacional, donde fue director por breve tiempo. En la revista *El Instituto Nacional* se encuentran sus programas de matemáticas y una importante conferencia sobre la *Universalidad de la vida*. Tenía también a su cargo en ese boletín una revista científica popular, en la cual señala los últimos progresos científicos. La muerte del señor Torres Bonet fue muy sentida en este país y más aún entre sus discípulos en quienes supo despertar interés por las ciencias".

No he efectuado una búsqueda exhaustiva, por lo que desconozco si algún historiador o educador, dentro o fuera de Costa Rica, ha emprendido la tarea de recopilar y analizar los aportes de tan singular intelectual. Si no se ha acometido esta labor, representa sin duda un provocador desafío, a la vez que sería una muestra de gratitud para alguien que, a pesar de su corta vida y breve permanencia aquí, tanto contribuyó a motivar y formar a la juventud de nuestro país.

Ahora bien, en cuanto al artículo de interés nuestro, se intitula *La región Atlántica de Costa Rica. Impresiones*, y su aparición en el periódico contiene un subtítulo aclaratorio que reza "*Fragmentos de una carta a mi amiga R. de L.P.V.*", lo cual denota que era parte de un documento más amplio. Desconozco la identidad y nacionalidad de esta dama, que podría haber sido extranjera o costarricense. Si bien podría parecer ilógico que narrara a una persona nativa cómo era su propia tierra, es menester aclarar que esa era una especie de *terra incognita*. De hecho, el aludido tramo del ferrocarril al Caribe -que es el nombre correcto, y no Atlántico- se había inaugurado el 7 de mayo de 1882,⁴ durante el gobierno del general Tomás Guardia Gutiérrez. Es posible que el artículo original date del propio 1882 o 1883, pues ya a inicios de 1884



José de Torres Bonet.
Fuente: González Flores (1976).

el autor se había mudado a Nicaragua, donde lo publicó en la prensa. Moriría pocos meses después, con apenas 30 años de edad.

Lo que más me impresionó de su lectura, que justifica mi interés en rescatarlo y publicarlo ahora, es la manera tan vívida y pletórica de imágenes poéticas con que el autor logra transmitir sus percepciones y sensaciones al adentrarse en ese mundo misterioso y hasta mágico de las selvas de nuestra vertiente del Caribe. Al leerlo por vez primera me fue inevitable no evocar varios pasajes de la novela *La vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera, publicada unos 40 años después, y ambientada en gran parte en las enigmáticas y temibles selvas de la Amazonía.

Como notará el lector, aunque su autor impartió clases de historia natural, no se trata del relato de un naturalista, pues las alusiones a la flora y la fauna de esos bosques húmedos de bajura no tienen carácter científico. Debe indicarse que para entonces ya se había estudiado una importante cantidad de especies vegetales y animales propias de nuestra biota, gracias especialmente a la labor pionera del danés Anders S. Oersted (1846-1848) y el polaco Josef von Warscewicz (1848), así como los alemanes Karl Hoffmann (1854-1859), Alexander von Frantzius (1854-1868) y Helmuth Polakowsky (1875), este último profesor en el Instituto Nacional; las fechas entre paréntesis se refieren a sus períodos de estadía en Costa Rica. Aunque un gran explorador de esas tierras fue el alemán Julián Carmiol (1854-1885), nunca escribió al respecto, lamentablemente.

Sobre la exuberancia de nuestra región Caribe se cuenta con unas pocas alusiones -hermosas, pero más bien fragmentarias- del propio Oersted, así como de los viajeros alemanes Carl Scherzer y Wilhelm Marr, quienes se aproximaron a ella por la zona de Angostura, en Turrialba. Y aunque, de nuevo, el aquí transcrito no es el relato de un naturalista, sino de un intelectual urbano, tiene un gran significado, pues representa la primera apología sobre nuestra naturaleza. El lirismo con que está escrito, así como las imágenes ahí plasmadas, revelan que proviene de una mente y espíritu privilegiados, y Torres Bonet de veras que era un académico dotado de una rica cultura, exquisita sensibilidad y gran destreza literaria; algún lector podría calificar de ampulosa su prosa, pero lo cierto es que es congruente con la retórica propia de la época.

Para que se le disfrute a plenitud y no restar fluidez a su lectura, he mantenido en el mínimo necesario las notas explicativas al pie de página. Y, para valorar a fondo la calidad humana e intelectual de su autor, a continuación transcribo textualmente el obituario que sobre él escribiera su entrañable amigo Manuel Veiga, el cual fue antecede-

dido por una nota intitulada *Comunicado*, posiblemente del editor de *La Gaceta*, la cual dice así:

Don José de Torres Bonet, ciudadano español que residió tres años en esta República, consagrado casi siempre a la enseñanza, murió en Nicaragua el 27 del corriente. Este desgraciado acontecimiento ha conmovido bastante a muchas personas de esta sociedad, y con razón: Torres Bonet, mediante su buen carácter y su cultura no común para su edad de joven, supo interesar vivamente aquí a cuantos llegaron a tratarle con alguna intimidad.

Por un telegrama de Managua sabemos que el Gobierno de Nicaragua dispuso por su cuenta los funerales de nuestro buen amigo. Ese procedimiento generoso del Gobierno de Nicaragua nos llena de satisfacción: muy digno era el Señor Bonet de la honrosa distinción que se le concedió; pero dignísima es de elogio y reconocimiento la conducta de ese Gobierno, y mucho más su levantado criterio de que da fe la circunstancia de que hubiera podido reconocer en el corto tiempo que el Señor Torres moró en esa República, los merecimientos del profesor distinguido, las virtudes de ese caballero a toda prueba. Por nuestra parte, nos es muy grato enviar al Gobierno de Nicaragua el testimonio de simpatía a que obliga su procedimiento tan noble como generoso.

Los párrafos que a continuación van insertos, aunque cortos, son bastante expresivos, y así nos abstenemos de prolongar los nuestros.

RESEÑA BIOGRÁFICA

Don José de Torres Bonet, gloria del profesorado en Costa Rica y ex Director del clausurado Instituto Nacional, dejó de existir en Granada de Nicaragua, víctima de la fiebre que puso término a su valiosa existencia a las dos de la mañana del día 27 del corriente.

Aunque sin datos suficientes para escribir su biografía, reseñaremos en obsequio a su grata memoria, los rasgos principales de su angustiada vida, según los hemos podido recoger durante el tiempo que nos distinguió con franca y sincera amistad.

Nació el año de 1854 en la capital de Cataluña, de distinguida estirpe por parte del padre, de quien quedó huérfano a los 13 años, sufriendo a poco tiempo la casa un rudo golpe que cambió la posición de la familia. Siendo ya Bachiller hubo de continuar los estudios con las dificultades inherentes a la nueva situación, que empezó a combatir dando lecciones particulares hasta los 20 años, en que, concluidos los estudios para la licenciatura de Ciencias organizó con un hermano político el Colegio de San Agustín.

Anheloso siempre de alcanzar el ideal al que lo impulsaban sus raros talentos y el recuerdo de su nacimiento,

pasó a París con el ánimo de poder continuar ahí sus estudios con más desahogo. Fuele adversa la suerte y tuvo que concretarse a escribir para algunos periódicos, entre ellos *La Gaceta de Barcelona*, para la cual enviaba revistas semanales. Vuelto a su patria, tomó parte activa en la política, militando en las filas republicanas y llamando la atención en el Ateneo y en algunos clubs de Barcelona, por el tono levantado de sus discursos. Seriamente implicado en una conspiración que debía cambiar la monarquía por la República en toda la Península -era uno de los cuatro que tenían la dirección suprema del complot-, al ser descubierta aquélla se vio forzado a huir precipitadamente con otro de los compañeros, que lo condujo a Costa Rica a inicios de 1880. Tres años solamente, pues hubo de residir aquí consagrado a la enseñanza, mediante la cual procuró con entera nobleza mostrar siempre el camino de la verdad.

Don José Torres Bonet pertenecía al número de los buenos pensadores; no era un *creyente*, en la acepción vulgar de esta palabra. La profundidad de sus estudios y las vicisitudes de su vida habían alejado de su imaginación esas sombras que protegen esperanzas halagadoras... Nos consta, sin embargo, que jamás hizo uso de sus convicciones para modificar las convicciones de sus alumnos; eso lo dejaba al tiempo. Su cerebro era un almacén de conocimientos sobre todo lo que puede ser objeto de la investigación humana: ciencias, filosofía, literatura, medicina, todo lo había recorrido con notable provecho, por las ventajosas disposiciones con que lo había distinguido la naturaleza.

Como profesor era una joya; como polemista una gran pluma; como escritor le faltó tiempo para terminar una obra titulada *Matilde*, en la cual exponía en forma de novela sus ideas respecto a las doctrinas positivistas,⁵ a cuya escuela filosófica pertenecía. Excepto pequeños fragmentos salvados casualmente, la obra fue quemada después de su salida de Barcelona, por orden de la autoridad. No fue estéril, empero, su rápido vuelo por este mundo de desengaños: en la cátedra y por la prensa hizo cuanto pudo por difundir en su contorno la luz que envolvía su espíritu. Sus producciones eran leídas con gusto en Costa Rica, de cuyo país se separó con el dolor de un niño obligado a abandonar a su tierna madre.

Mediante proposiciones del Gobierno de Nicaragua, donde, al eco de su reputación en Costa Rica, fue reconocido su legítimo mérito, pasó en febrero a encargarse de la dirección del Instituto Nacional de Granada, siéndole confiada después la organización de la enseñanza en toda la República. Últimamente redactaba, por encargo también, el *Diario Nicaragüense*, en cuya hoja publicó entre otros trabajos, sus *Impresiones de la región Atlántica de Costa Rica* y su *Historia de un átomo de hierro contada por él mismo*, que procuraremos reproducir por el interés que encierran.

Las tareas múltiples que embargaban su atención e influencias climatológicas a que no estaba acostumbrado, vencieron su privilegiada complejidad, arrebatándole la vida en los momentos en que el siempre nublado horizonte de su existencia empezaba a despejarse, con gran consuelo suyo por la esperanza naciente de poder llevar a la mayor altura el vuelo de sus estudios, que era su única ambición. El águila plegó las alas en la mitad de su carrera.

Su muerte fue sentida en Nicaragua, donde el gobierno costeó sus funerales; pero también lo ha sido mucho en este país de sus constantes lamentaciones, donde supo granjearse por su ilustración, admiración y respeto; por su cultura social, simpatías de cuantos le trataron; por la generosidad y delicadeza de sus sentimientos, sincero cariño de todos los que merecieron su íntima amistad, entre quienes se encuentra con sentimiento el que suscribe este amargo tributo a la dulce e inextinguible memoria de su suspirado amigo, último de su apellido.

LA REGIÓN ATLÁNTICA DE COSTA RICA. IMPRESIONES

La inteligencia humana no puede formarse idea exacta de lo que es realmente grande, si no recibe su directa impresión, pues sus más inspiradas descripciones quedan siempre pálidas ante lo real.

¿Quién sabe lo que es la tempestad? El que ha presenciado la lucha de los desencadenados elementos. Así también las selvas vírgenes de esta región del Continente americano revelan que son grandes por su incomparable belleza y bellas por su espléndida grandiosidad, al observador ávido de emociones que en medio de su magnificencia se encuentra.

Cubierto con el jipijapa de ancha y tendida ala, calzado con dura y alta bota, el revólver a la cintura, armada la diestra de largo y afilado machete, entra el audaz viajero en estos lugares no hollados aún por la planta humana.⁶

Árboles de extraordinaria corpulencia forman con sus tupidas copas una bóveda de verdor, que en gran parte obstruyen los rayos del sol, cual inmenso dosel interpuesto entre cielo y tierra. A lo largo de estos troncos seculares, que han visto sucederse años como la vida humana y ve deslizarse días, trepan aéreas enredaderas y graciosas parásitas ocultando a trechos la parda corteza bajo caprichosísimos juegos de hojas y flores. De árbol a árbol lánzase el flexible bejuco, que se contornea a veces sobre sí mismo, y, enlazado con rara orquídea, simula rico festón vegetal.

Imposible de todo punto sería enumerar las especies botánicas que enriquecen la flora de esta comarca, nuevas la mayor parte de ella, cuya descripción llenaría pá-

ginas de voluminoso in-folio. Variedades de palmeras desconocidas; arbustos cuyas anchas hojas recuerdan las aletas de algún pez colosal; el plátano de graciosa copa;⁷ yerbas que tienen el aspecto de verdes espadas; arbolillos cuyo frondoso ramaje formado de hojas redondas, ovaladas, aciculares, palmeadas, de todas formas, ocultan el delgado tallo; rastreras leguminosas que enlazándose entre sí tejen impenetrable red; enredaderas que trepan, se enroscan y abrazan todo lo que encuentran en su rápido crecimiento; musgos colosales que traen a la memoria la gigantesca flora antediluviana; y toda clase de vegetación allí acumulada, presentan un conjunto tal, afectan una disposición tan particular, que indescriptible es su grandiosidad; pues no cabe la descripción de lo que se habría de disponer de nueva fraseología para traducir su belleza, como indispensable sería que se inventaran otros colores de los que dispone el arte de Apeles para representar el arco iris, para pintar los destellos del diamante herido por vívida luz.⁸

La enmarañada vegetación forma impenetrable barrera para el que en estos lugares entra, y el machete manejado sin tregua ha de abrir estrecho callejón, por donde más bien se desliza que camina el aventurero ávido de lo desconocido.

Cuando se llega a algún claro cual isla perdida en estos océanos de verdura ¡qué perspectiva ofrece la exuberante naturaleza que nos rodea por doquier! ¡Cuántos tesoros encierra este viviente museo botánico! ¡Cuán pequeño se siente el hombre en presencia de la potente fuerza creadora!

Descansa el viajero que osó franquear esas murallas vegetales: entrégase a profunda e involuntaria meditación, subyugada su alma por el conjunto que en su retina se dibuja y por el profundo silencio que reina en el seno de lo que podría llamarse actividad vital; meditación pasajera, pues pronto surgen extraños ruidos, acallados algunos momentos por su inesperada entrada en aquel recinto, que van aumentando progresivamente hasta formar particular algarabía.

El zumbido de brillante insecto que cual voladora chispa cruza con desusada rapidez; el vertiginoso aleteo de dorado abejorro; el rítmico rumor de voladores escarabajos, al parecer cubiertos de relucientes láminas metálicas; el agudo silbo de venenosa serpiente, que, cual animada cinta de encendidos colores se oculta deslizándose y dejando ver únicamente su chata y repugnante cabeza; los extraños trinos de aves de raro plumaje; la charla de los guacamayos de estridente grito y colores chillones; los roncillos chillidos de graciosos monos que más bien vuelan que saltan por las ramas; el penetrante rugido del tigre, que al lanzarse veloz tras la presa arrolla y destroza todo lo que a su paso encuentra cual animado proyectil; los cavernosos burlescos ronquidos originados en la dilatada laringe de sapos inverosímiles y de mefistofélicas ranas

que orgullosamente ostentan su cuerpo de rojo encendido con patas negras, cuyo solaz está en las orillas de verdosos charcos;⁹ y mil otros ruidos, confusa mezcla de gorjeos, trinos, murmullos, rumores, silbos, gritos, zumbidos, penetrantes unos, dulces otros, estridentes y roncocos algunos de ellos, incomprensibles los más, forman un armonía tan particular por la composición de sus elementos, que digna es del lugar encantado que tan poderosamente asombra el ojo y el oído humanos.

De repente, cual el trueno de batería disparada a lo lejos y repercutido por el eco, óyese prologando estampido, producido por gigantesco secular árbol, que ya llegado al término de su existencia, no encuentra sostén en sus muertas raíces, y se desploma tronchando lo que en su caída encuentra, produciendo profundo desgarramiento en el verde laberinto que lo rodea: que tal es la propiedad que tiene todo lo grande, tanto en el orden físico como en el moral, de dejar en su muerte o su caída, rastro y recuerdo por dilatado lapso.

Grandioso es el espectáculo de la selva virgen durante el día, sublime se presenta en las noches alumbradas por la melancólica luz de la luna. A los ruidos que reinan mientras el vital astro despide sus ardientes rayos sobre la tierra, suceden otros no tan intensos, menos estridentes, pero sí tan extraños y más dulces y armoniosos; y como digno complemento la suave brisa nocturna mece cadenciosamente las altivas cimas de los árboles, balancea las gallardas palmípedas, las gentiles cañas y las artísticas hojas de los plátanos, y mueve a compás el follaje que, cual cortinas, se extienden de tronco a tronco, produciendo armónica cadencia que acaricia el oído con melodía tan llena de melancólica vaguedad, que por muy feliz se tuviera el entusiasta músico si dado le fuese aprisionarla en sus notas, y traducirlas con los deficientes instrumentos del arte de Mozart y de Meyerbeer.¹⁰

Durante las horas que la casta Diana recorre el firmamento, impera vaga penumbra en el seno de estas masas vegetales, alternando opacas sombras con desvanecidos dibujos formados por el perfil de los caprichosos con-



Inherente a la comarca, mejor que inherente, esencial, pues es la causa que así sean, es la lluvia torrencial que fecunda su suelo.
Foto: Luko Hilje.

tornos de las hojas.¹¹ Acá y acullá un rayo de luna logra abrirse paso por entre las ramas y el entretejido de lianas haciendo resaltar más la sombría penumbra en que se está envuelto, y los brillantes carbunclos, luminosos insectos que cual animadas estrellas surgen de la tupida enramada para desaparecer seguidamente, dan mayor realce a tan fantástico cuadro, digno de una leyenda alemana.¹²

¡Extraños ruidos de ignoto origen, dulce rumor de follaje suavemente acariciado por la cálida brisa, fosforescentes cocuyos de aspecto meteórico, vagos rayos de la argentada Febe, densas sombras formadas por entrelazadas hojas, flores y liana, arrulladores susurros de la lejana catarata que te despeñas entre pulidas rocas y caídos troncos, fragor del distante río que entre enormes peñascos hierves, blanco de espuma y soberbio por tu pujante fuerza, delicados casi imperceptibles aromas que os desprendéis de rarísimas parásitas, todos, todos a la vez formáis animada escena tan altamente bella, que es preciso percibirlos, veros, oírlos, para comprender cómo os incorporáis al amante de la naturaleza, como si la tibia atmósfera depositara gérmenes de nuevas ideas en su sangre, los cuales al recorrer los laberintos del cerebro, sufrieran súbito desarrollo y metamorfosearan su pensar y su sentir.

Tal parece ser, sintiendo que el alma se eleva a impulsos de algo desconocido, lanzándose la férvida fantasía en alas de inexplicable potencia a regiones que no existen; y como presa de arrobador delirio, créese transportado a encantado lugar de algún astro superior, como si las delicias soñadas por la extasiada imaginación de entusiasta espiritista dejaran de ser ilusión para convertirse en realidad; y tan sublimes son estos instantes de arrobamiento sin nombre, que se olvida que es deleznable habitante de este miserable planeta que no sin razón apostrofaron con el merecido dictado *¡Valle de lágrimas!*

Todo es grande en esta región; y grandes son los huracanes que sustituyen el encantador cuadro, por escena que recuerda las que tenían lugar en la infancia de nuestro globo. Inherente a la comarca, mejor que inherente, esencial, pues es la causa que así sean, es la lluvia torrencial que fecunda su suelo. ¿Cómo explicar lo que son estas lluvias diarias que de repente descargan por formarse la nube que las origina en el seno de estos umbríos bosques? Hay aguaceros... qué digo aguaceros... líquidas moles que se desploman con tal ímpetu, que arrancan hojas, y con tal cantidad, que no es exagerado decir que por muy dichoso se tendrá al laborioso agricultor de nuestra idolatrada Cataluña, si viera sus campos regados durante un año por el agua que aquí se desprende de las nubes en una semana.

Calor, luz y humedad son, según la ciencia, los indispensables factores para el desarrollo de la vida vegetal en adecuado medio. ¡Ciencia, no yerras en tus leyes! En este

suelo ricamente abonado por los elementos de tantos seres que en él fenecen, en este suelo favorecido por los casi perpendiculares rayos solares, que a la par lo alumbran y lo caldean, y continuamente regado por copiosísima lluvia, se cumple la científica ley. Y si la exuberante lujuriosa riqueza de esta vegetación tropical entusiasma y admira al artista, el sabio la encuentra consecuencia tan natural como considera lógica la ausencia de vida visible en las heladas regiones hiperbóreas.¹³

II

Digno de estos lugares es el camino que a ellos conduce, que conjuntamente con el ferrocarril, son la arteria principal de la República por poner en fácil y pronta comunicación el puerto de Limón sobre el Atlántico, con la capital, abreviando de notable manera la antigua ruta a Europa;¹⁴ vía férrea y carretera que han costado millones, años de penosos trabajos y de sacrificios sin cuento, la vida de hombres de todas las razas, y que han sido una de las principales causas de la actual crisis económica que atraviesa Costa Rica.¹⁵ Dificultades mil hubieron de vencerse para convertir en camino transitable lo que por su naturaleza no se prestaba a ello, pero para continuarlo por las abruptas estribaciones de la cordillera andina, hubieron de hacerse esfuerzos verdaderamente sobrenaturales.¹⁶

Encontrar un terreno puramente vegetal, y presentar el suelo tan poca consistencia que, para darle alguna estabilidad, sea preciso formar un piso artificial de troncos en una extensión de millas, continuar este camino dotándolo de todas las condiciones para que sea de primer orden, por las inclinadas laderas de montes cuya pendiente llega a veces a confundirse con la vertical, trabajar con pico y pala en donde es dificultoso tomar rumbos con la debida exactitud, adelantar este trabajo sin saber qué precipicios se habrán de salvar, ni qué imposibles se encontrarán en su continuación, y no cejar en tan ruda tarea, luchando a la vez con los elementos y con las enfermedades, más bien que trabajo de hombres es obra de titanes.

Al recorrer el desocupado viajero este trayecto, involuntariamente pensamientos de muy distinta índole toman vida en su cerebro. Si concreta, ve que Costa Rica ha afirmado sólidamente una de las piedras angulares sobre las que ha de cimentarse su riqueza pública. Ve que, aunque con penosos sacrificios, ha logrado echar fructífera simiente de futura prosperidad, que si se quiere se desarrollará paulatinamente, pero su desarrollo no es discutible porque es fetal, como lo es que germine la bellota cuando la rodean todos los elementos necesarios para su transformación en corpulenta encina; fetal, sí, porque a nadie le es dado hoy ignorar que cada vía de comunicación que se abre, es nueva arteria con que se enriquece el país por donde circula nueva vida, vida que no puede estacionarse, sino que se acrecienta y se desarrolla en proporciones incalculables.



Ante la asombrada vista se suceden enhiestas montañas de escarpada falda, adornadas de lujuriosa vegetación, que forman cuenca de caudaloso río. Foto: Luko Hilje.

Borremos las vías de comunicación de los Estados Unidos, ¡y en qué se convertirá esta nación modelo de actividad! En una sombra de lo que es hoy.

Si la generalización dilata las ideas del caminante pensador, considerará lo que puede el esfuerzo humano sobre la naturaleza, cuando es guiado por la inteligencia que haya acumulado los tesoros del progreso moderno.

Por extraña asociación de ideas recordará que, cuando niño, cándidamente creía en la existencia de fantásticas regiones en donde había hadas que tenían el poder de convertir los guijarros en oro, y a seres vivientes en encantados pedruscos, por genios que vencían a los elementos y avasallaban a los mortales, y en donde pululaban gnomos [duendes] que agujereaban montes, y tenían su imperio gigantes que de un tajo hendían una montaña o la aplastaban de una manotada; y hoy que es hombre, ve sustituidas las poderosas hadas por la industria que transforma lo árido en venero de riqueza, y que de los minerales saca elementos de vida; los genios, por la ciencia que domina las fuerzas naturales y vence lo reputado por el trabajo de la ingeniería, que aplana cerros, corta montañas y taladra cordilleras.

Así como hermosa dama logró arrancar su profunda meditación al sabio siracusano, el encanto de las variadas

perspectivas que se presentan, que causarían delirante entusiasmo a paisajistas como Ruysdael,¹⁷ ahuyentan los pensamientos del soñador viajero, que por arte de magia cree encontrarse en inmenso caleidoscopio, en donde se suceden todos los elementos que forman un conjunto tan pintorescamente bello y tan diversamente variado, como tan solo se puede encontrar en los espectáculos con que nos brinda la naturaleza tropical.

Ante la asombrada vista se suceden enhiestas montañas de escarpada falda, adornadas de lujuriosa vegetación, que forman cuenca de caudaloso río; extensos prados cuyo manto de aterciopelado verdor nunca se marchita; subidas a elevada cumbre, de donde se abarca dilatado panorama cuyos detalles no pueden ser apreciados, aborta la mirada ante el efecto del conjunto; bajadas al fondo del valle en donde el ojo se deleita con la rara variedad de minuciosos accidentes; bosques de graciosas palmileras cuyas hojas ostentan líquidos brillantes, por estar sus copas continuamente besadas por jirones de nubes que origen toman a su mismo pie;¹⁸ cascadas que heridas por oblicuos rayos solares improvisan efímeros arcos iris; grandiosos contrastes, pues si la mirada a lo alto se dirige, se ven las orgullosas cimas de los árboles como desafiando las nubes; si se inclina, se ve..., no se ve... se adivina hondo precipicio que forma el lecho del río, cuyas revueltas aguas, aprisionadas en estrecho cauce, bullen con blanca espuma y rugen con sordo fragor, río engrosado por los saltos y arroyos que a cada paso le rinden tributo.

Si dificultades hubieran de vencerse para formar este camino, con continuas dificultades hay que luchar para conservarlo, ya que las perennes y torrenciales lluvias que fecundan este suelo, destruyen las obras en él fabricadas. Estos persistentes aguaceros ablandando el terreno, y el continuado tráfico de pesadas carretas, cuyas estrechas ruedas son verdaderos arados giratorios, convierten las porciones menos resistentes en lodazales de líquido barro; y si retardo hay en su inmediata reparación, transfórmase la carretera en inmensa ciénaga de pegajoso lodo, en donde las caballerías se hunden y encallados quedan los cargados vehículos. Otras veces, y con más frecuencia de lo que sería de desear, derrúmbase añoso tronco, rueda con ímpetu por la inclinada ladera arrastrando alud de tierra y piedras, arrolla y arrastra lo que a su paso encuentra, y borra en un momento parte de la faja de aplana tierra tan trabajosamente formada.

Termina la carretera en Río Sucio, así llamado porque sus revueltas aguas nunca presentan la ordinaria transparencia de los otros ríos, punto en donde ha brotado una población llamada Carrillo, en honor del gran Presidente con que se vanagloria Costa Rica, y de donde arranca el trayecto de setenta millas de vía férrea que conduce al puerto Limón.¹⁹



La ciencia que domina las fuerzas naturales y vence lo reputado por el trabajo de la ingeniería, que aplana cerros, corta montañas y taladra cordilleras. Foto: Darinka Hilje.

Abierta la vía por entre el bosque virgen, fue indispensable toda la energía que puede desplegar el hombre en la lucha con la naturaleza, y de los medios que facilita la mecánica moderna, para llevar a cabo esta obra que no titubeo en calificar de colosal.

Todo lo que hiciera para describirla no respondería al objeto propuesto, ni el empleo de rebuscadas frases, de la invención de metáforas brillantes, ni el intercalado de exageradas hipérbolos, ni el socorrido recurso de felices comparaciones lograría hacer su exacta pintura, todo quedaría pálido ante la realidad.

Un dato apuntaré, por el cual quizás se comprenderá lo que es este ferrocarril. En un trayecto de setenta millas se cuentan hasta doscientos setenta y cinco puentes de hierro de todos tamaños, entre ellos veinte de primer orden, contando algunos de estos más de mil cuatrocientos pies [420 metros] de longitud total. Y esto en un país que carece de talleres de fundición, que no posee las maravillosas máquinas que tanto abrevian el trabajo, y luchando continuamente con las lluvias torrenciales, con las espantosas crecidas de los ríos, con los insecables pantanos, con los animales ponzoñosos y con las terribles fiebres.

Así es que se ha dicho, y con razón, que en este ferrocarril cada durmiente representa la vida de un hombre. ¡Llor eterno, inmarcesible prez al genio y constancia del hombre que por nada se amilanó y llevó a cabo esta

obra! Y conociendo, cara amiga,²⁰ el deseo que siempre ha manifestado de rendir tributo a las verdaderas grandezas, estampo en esta carta el nombre del ilustre hijo de la trabajadora Norte América, de esta nación de audaces, nombre más digno de recuerdo que otros muchos que registra la injusta historia, que son merecedores de despreciativo olvido, ya que no de vituperio eterno; este héroe del trabajo se llama Minor C. Keith.²¹

Dije que cada nueva vía de comunicación es un elemento más de vida para el país que la abrió: demostración palpable de este aserto es la de que nos ocupamos, pues dejando aparte las ventajas que reporta al comercio del interior, y haciendo caso omiso de la facilidad de relación con los puertos del Atlántico, apuntaré únicamente la ventaja reportada al país por la adquisición de nuevo ramo de comercio con la exportación del valioso banano. La vía férrea ha sido el agente cuya presencia ha metamorfoseado lo inculto en numerosos plantíos, como si a la voz de la hija de Stephenson hubiesen surgido haciendas del seno de estas selvas vírgenes;²² tal parece, al ver a derecha e izquierda de los rieles sucederse las haciendas en una región que poco ha ignoraba la existencia del arte agrícola.

Los principios están erizados de dificultades, dice uno de nuestros más populares adagios, y dificultades no han faltado para convertir el tupido bosque en platanares [bananales]. Lucha el plantador con la escasez de brazos,

con los inconvenientes de todo cultivo en regiones no estudiadas, y por lo tanto no bien conocidas, con la penuria de recursos, con la falta de elementos de todas clases, con los rigores del clima y con las traidoras acometidas de ponzoñosos animales que dolorosamente hieren, cuando no transmiten la muerte acompañada de rabiosa agonía. Y tal es, amiga, el cúmulo de dificultades que tiene que vencer el que pretende cultivar estos terrenos, que en esta empresa queda sobrepujada la incomprendible maldición de Dios sobre el hombre: *Ganarás el pan con el sudor de tu rostro*.

¡Ojalá los esfuerzos de estos héroes del trabajo se vean dignamente coronados! ¡Ojalá que los hombres públicos del encantado vergel llamado Costa Rica presten la atención debida a la que puede ser inagotable venero de futura riqueza!

Profunda impresión deja la carretera a Río Sucio cuando se recorre por primera vez; indeleble recuerdo deja la vía férrea a Limón. Colocado el viajero en la plataforma del vagón, al extenderse ante su vista las dos brillantes paralelas formadas por los rieles hasta perderse en lontananza, al oír la sorda trepidación del tren y el rugido de la locomotora, al contemplar las infinitas chispas que mezcladas con el denso humo forman penacho fantástico, digno del móvil a que coronan, al observar el delgado alambre transmisor eléctrico del pensamiento humano, y en artístico contraste ve a derecha y a izquierda la no interrumpida riqueza vegetal, percibe la precipitada huida de pintadas aves y verdes reptiles, no puede menos que embargarse su ánimo por tantos contrastes, origen de belleza tanta.

Y si el alma del viajero se siente arrastrada hacia los elevados sentimientos de la estética, ancho campo le brinda la mezcla que ante sus ojos se presenta de las más poderosas manifestaciones del progreso moderno con la más selvática de la madre naturaleza, nuzela²³ que proclama la victoria alcanzada sobre ésta, obtenida por el genio humano. Lucha el hombre con las fuerzas naturales, y cuando las domina, como sucede en esta vía, se comprende que puede pomposamente titularse: *El Rey de la Creación*.

AGRADECIMIENTOS

Al herpetólogo Alejandro Solórzano, sus respuestas a varias dudas mías. A Darinka Hilje, la transcripción del artículo original. A Theresa White, la revisión del resumen en inglés.

NOTAS

1 La Gaceta No. 205 (10-IX-1884, p. 853-854), 206 (11-IX-1884, p. 857) y 207 (12-IX-1884, p. 861).

- 2 González Flores, Luis Felipe (1976). Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica. Biblioteca Patria. San José, Editorial Costa Rica. 306 p.
- 3 La Gaceta No. 197 (30-VIII-1884, p. 817-818).
- 4 Ver Argüello Mora, Manuel (1963). Obras literarias e históricas. San José, Editorial Costa Rica. 496 p. Ahí aparece el discurso que, en su condición de Secretario de Fomento, pronunció Argüello en el acto inaugural de tan magna obra de ingeniería, el cual contiene importantes y reveladores detalles de su génesis.
- 5 El positivismo es una corriente filosófica fundamentada en que el único conocimiento válido es aquel obtenido mediante el método científico. Por tanto, privilegia la ciencia y la técnica, lo cual -como se verá- se nota en el relato de Torres Bonet, al alabar los logros debidos a la industria, la ingeniería y la mecánica.
- 6 El jipijapa (nombre de una ciudad de Ecuador), también denominado panamá, es un fino sombrero confeccionado con la chidra o palma de sombrero (Carludovica palmata).
- 7 Obviamente, no se refiere al plátano, pariente del banano y miembros ambos de la familia Musaceae, porque no habitan nuestros bosques, son exóticos y no tienen la copa frondosa característica de un árbol. Hay un género arbóreo denominado Platanus (familia Platanaceae), pero no es neotropical, lo cual sugiere que el autor lo confundió con alguna especie de árbol nativa.
- 8 Apeles (352 a.C.-308 a.C.) fue un famoso pintor griego de la Edad Antigua.
- 9 Estas alusiones son muy generales, por lo que es difícil precisar la respectiva especie. En todo caso, los abejorros corresponden a *Bombus* spp., parientes de las abejas (familia Apidae), pero son más corpulentos. Los escarabajos metálicos podrían ser los grandes y hermosos *Euchroma gigantea* (familia Buprestidae). La coloración de la serpiente coincide con las bandas rojas, amarillas y negras de las corales (familia Elapidae), pero éstas no silban; según el especialista Alejandro Solórzano, solo la boa (*Boa constrictor*) es capaz de emitir sonidos fuertes cuando se le molesta. Las guacamayas o lapas son la verde (*Ara ambigua*) o la roja (*Ara macao*). Los monos corresponden al congo (*Alouatta palliata*), pero es incorrecto denominar chillido al ronco aullido que emiten. El tigre más bien debe ser el jaguar (*Panthera onca*). La ruidosa especie de sapo sea la rana ternero, *Leptodactylus savagei* (antes *Leptodactylus pentadactylus*), según Solórzano. Por su parte, la otra rana corresponde a *Oophaga pumilio* (antes *Dendrobates pumilio*), que es diminuta, común en el piso del bosque, y cuya coloración aposemática (cuerpo rojo intenso y patas negro-azuladas) está asociada con un potente veneno, con el que los indígenas solían impregnar la punta de sus flechas.
- 10 Se refiere a lo célebres músicos Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) y Giacomo Meyerbeer (1791-1864), austriaco y alemán, respectivamente.
- 11 Propia de la mitología romana, Diana era la diosa de la caza y también de la luna; la alusión a su castidad proviene de que era virgen. Poco después el autor menciona a Febe, como a veces se calificaba a Artemisa, diosa de la luna en la mitología griega.
- 12 En realidad, carbunclos y cocuyos son lo mismo, y corresponden a abejones de cuerpo oscuro y duro (familia Elateridae). Otros abejones luminiscentes son las luciérnagas (familia Lampyridae), de cuerpo claro y suave.
- 13 En la mitología griega, esta era una región desconocida, más allá del norte.
- 14 Una comarca entonces, Limón es el principal puerto en el Caribe de Costa Rica, con gran actividad comercial.

Torres Bonet, extasiado por nuestras selvas caribeñas

- 15 El ferrocarril se terminó de construir en 1890, con un alto precio en vidas de chinos e italianos, debido a enfermedades como la malaria, que los negros pudieron afrontar gracias a su resistencia innata.
- 16 En aquella época se consideraba que las cordilleras Volcánica Central y de Talamanca representaban la prolongación norteña de los Andes.
- 17 El sabio ahí aludido posiblemente es Arquímedes, originario de Siracusa, por entonces posesión griega. Por su parte, Jacob Ruysdael (1628-1682), es considerado el más grande pintor paisajista holandés del siglo XVII.
- 18 De la esbelta palmlera (*Iriartea deltoidea*), que puede alcanzar hasta 30 metros de altura, se obtiene el muy apetecido y hoy escaso palmito.
- 19 Braulio Carrillo Colina (1800-1845), como Jefe de Estado, fue el gran impulsor de una ruta hacia el mar Caribe, sobre todo para favorecer el comercio con Europa, lo que lo llevó a construir el camino a Matina.
- 20 Alude aquí a su anónima amiga, como lo hará poco después, también.
- 21 Minor Cooper Keith (1848-1929), magnate estadounidense que construyó nuestro ferrocarril al Caribe, tras lo cual estableció un emporio bananero gracias a una inmensa concesión de terrenos aledaños a la vía férrea, hecha por el gobierno.
- 22 El inglés George Stephenson (1781-1848) fue el inventor de la locomotora de vapor que hizo posible el transporte mediante ferrocarriles.
- 23 Esta palabra no existe en español. Podría tratarse del término nucela usado en sentido figurado, pues designa una parte del óvulo en las plantas superiores.